



Los Jóvenes y la Vida Monástica

Reflexiones desde mi experiencia comunitaria en el Monasterio de Los Toldos¹

En el subtítulo de la relación ya esbozo uno de los límites evidentes que debo poner a éste aporte para el séptimo EMLA. Me refiriré a la intercomunicación entre los jóvenes y nosotros, los monjes, desde una experiencia personal y "toldense". Será, por ende, tarea de los participantes del EMLA enriquecer estas reflexiones con aportes de otras latitudes, de diferentes culturas y distintas comunidades monásticas.

El otro límite de mi exposición me lo recordaba el Salmista, desde el momento en que empecé a escribir: *Fui joven, ya soy viejo* (Sal 37[36], 25). Es cierto que la juventud es fundamentalmente un estado del corazón, por así decirlo. Sin embargo, es igualmente claro que cuando se trata de hablar sobre los jóvenes debemos aceptar que, en la actualidad, el vocablo parece que incluye sólo a aquellos que tienen aproximadamente entre 15 y 25 años. Esto, tanto para el sentir "común"², como para la misma norma-

¹ Relación para ser presentada en el VII^o Encuentro Monástico Latinoamericano (EMLA). San Pablo (Brasil), Abadía de San Geraldo, Morumbí, del 14 al 22 de julio de 1994.

² Ver, por ejemplo, el ensayo publicado en el diario La Nación, Buenos Aires, 9 de enero de 1994, pp. 1-2, sección 7, de Tulio Stella: *Cómo ve la juventud el futuro en el siglo XXI*: "...Los jóvenes —designando arbitrariamente como jóvenes a los que tienen entre 15 y 25 años—..." (p.1, col. 2).

tiva de la Iglesia³. Se trata de coordenadas que no son absolutas, pero que no se pueden dejar de lado si deseamos ser mínimamente realistas. Con otras palabras, quiero decir que mis "experiencias" no son las de los jóvenes. Pertenecen a alguien que fue joven.

Habida cuenta de estas limitaciones, a las que se suman las inherentes a la persona del expositor, me ha parecido conveniente desarrollar el tema en tres momentos, que he caracterizado con las siguientes denominaciones: con optimismo y confianza; aprender a escuchar en la escuela de la Regla de San Benito; acompañar con fe, esperanza y caridad.

1. Con optimismo y confianza

Con ocasión de un viaje que debía efectuar para visitar nuestra fundación en el Paraguay, tuve que tomar un taxi para llegar hasta el aeropuerto. Apenas abordé el vehículo me ofrecieron caramelos, después me dieron el diario y, finalmente, se me preguntó si deseaba oír música, o si acaso ésta me molestaba. Lo más llamativo era un cartel, colocado estratégicamente frente al asiento del pasajero. En él se leía una lista de cosas que se podían comprar con dinero y, a continuación, en otra columna, se enumeraban aquellas que éste no procuraba. Eran varias, ahora sólo recuerdo algunas de ellas; por ejemplo: con el dinero se puede adquirir un

³ Así el Código de Derecho Canónico, cánones 97 y 1083, habla de 7 y 22 años para indicar la minoría y mayoría de edad, de 14 (para la mujer) y 16 (para el varón) para contraer matrimonio válido. Por otra parte, en el artículo "Jóvenes" del *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1985, p.768, se lee: "... 'Juventud' (es) no tanto una edad definida en términos bio-psicológicos, intermedia entre la infancia y la madurez adulta, cuanto una condición de vida determinada por sus relaciones con el sistema social. La referencia a la consistencia social del mundo juvenil nos lleva a suponer, por un lado, una precocidad de la maduración individual y, por otro, una prolongación de la juventud incluso hasta después de los veinticinco-treinta años. Lo que permitiría definir la juventud "en términos de diferencia entre las posibilidades adquiridas y la utilización institucional de las mismas" (F. Alberoni) [El autor de esta parte del art. es P. G. Grasso].

lecho, pero no el sueño; se pueden comprar libros, pero no cultura; se puede comprar un banco en la Iglesia, pero no a Dios, etc. Quien conducía el taxi era un hombre joven. En Buenos Aires, habitualmente, los conductores no suelen proceder con la gran amabilidad que desplegaba ese joven, y nunca encontré una "declaración de principios" como la recién mencionada. Al descender, me llevaba en el corazón un hermoso sentimiento de renovado optimismo y confianza en las posibilidades de nuestra juventud. Siempre pueden sorprendernos con sus acciones.

No se trata de hacer una apología de los jóvenes, sino simplemente recordar las actitudes positivas de Jesús, de la tradición monástica, de la *Regla de San Benito* y del Magisterio de los últimos decenios. Digo "positivas", no idealistas ni utópicas. Para amar a los jóvenes (cf. RB 4,71) hace falta una actitud fundamental de apertura, de optimismo y de confianza *ante ellos*.

El texto evangélico del "joven rico" nos muestra cuál era la postura de Cristo *ante los jóvenes*. Únicamente Mateo dice que se trataba de un joven (cf. *Mt* 19,20: *neanískos*), en tanto que Marcos (*Mc* 10,17-23) y Lucas (*Lc* 18,18-27), se refieren a un hombre rico.

*Jesús ya se ponía camino, cuando uno corrió a su encuentro y arrodillándose ante él, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre». Él, entonces, le dijo: «Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud». Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, cuánto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme». Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes. Jesús, mirando a su alrededor, dice a sus discípulos: «¿Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino!» (*Mc* 10,17-23).*

En este texto es significativa la mirada de amor que Jesús dirige al joven piadoso. No hay condena sino una muda invitación afectuosa que no encuentra eco, pues las riquezas impiden una respuesta al mismo nivel. El joven no tiene su corazón libre para seguir a Jesús.

«La juventud es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del propio "yo" y del propio "proyecto de vida"; es el tiempo de un crecimiento que ha de realizarse "en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2,52).

«Como han dicho los Padres sinodales, "la sensibilidad de la juventud percibe profundamente los valores de la justicia, de la no violencia y de la paz. Su corazón está abierto a la fraternidad, a la amistad y a la solidaridad. Se movilizan al máximo por las causas que afectan a la calidad de vida y a la conservación de la naturaleza. Pero también están llenos de inquietudes, de desilusiones, de angustias y miedo del mundo, además de las tentaciones propias de su estado".

«La Iglesia ha de revivir el amor de predilección que Jesús ha manifestado por el joven del Evangelio: "Jesús, fijando en él su mirada, le amó" (Mc 10,21).

«Por eso la Iglesia no se cansa de anunciar a Jesucristo, de proclamar su Evangelio como la única y sobreabundante respuesta a las más radicales aspiraciones de los jóvenes, como la propuesta fuerte y enaltecedora de un seguimiento personal –"ven y sígueme" (Mc 10,21)–, que supone compartir el amor filial de Jesús por el Padre y la participación en su misión de salvación de la humanidad»⁴.

La confianza de Jesús ante las posibilidades de los jóvenes también es resaltada en el documento final de la Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo, 12 al 28 de octubre de 1992):

«Jesús ha recorrido las etapas de la vida de toda persona humana: niñez, adolescencia, juventud, edad adulta. Él se revela como el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14,5). Al nacer, asumió la condición de niño pobre y sometido a sus padres, recién nacido fue perseguido (cf. Mt 2,13). El mismo Jesús, revelación del Padre que quiere la vida en abundancia (cf. Jn 10,10), devuelve la vida a su amigo Lázaro (cf. Jn 11), al joven hijo de la viuda de Naím (cf. Lc 7,7-17) y a la joven hija de Jairo (cf. Mc 5,21-43). Él sigue llamando hoy a los jóvenes para dar sentido a sus vidas» (nº 111).

⁴ Juan Pablo II, *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988), nº 46.

La *Regla de San Benito* se mueve en la misma dirección cuando dice: "...Que todos sean llamados a consejo porque muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor" (RB 3,3; cf. 63,5-6).

Los monjes que nos precedieron en la vida monástica sabían que es difícil que la caridad dé frutos si falta un sincero aprecio por los valores del hermano, en el caso presente: los jóvenes. Y para que los aspectos positivos de ellos se hagan patentes hay que darles confianza, compartir responsabilidades. El abad "Pacomio, por ejemplo, (+346) no ignoraba que esta disposición, al mismo tiempo que exteriorizaba el aprecio por el joven, fomentaba en él el sentido de responsabilidad"⁵.

«Esta disposición para reconocer los valores del más joven, fomentando así su afán de santidad, la demostró también el anciano Serapión (Carión, según otros), al constatar que había hecho por cierto más ascesis corporal que su discípulo Zacarías, pero que no había alcanzado la medida de su humildad y su silencio (Apotegma Carión 1; PG 65,294C). También Macario, el Egipcio (+ antes de 390?) tuvo una experiencia parecida con los jovenzuelos que al principio había mirado por encima del hombro porque le parecían "delicados y formados entre riquezas" y de los cuales sólo uno tenía barba, mientras que el otro "quería tenerla". En una larga historia, Macario narra su conversión, causada por el luminoso ejemplo de santidad que aquellos jóvenes le daban. Muertos más tarde los dos, solía llevar a su visitantes a la celda de los desaparecidos para declarar: "Vengan a ver el santuario (martyrion) de estos jóvenes extranjeros"» (Apotegma Macario, el Egipcio 33; PG 65, 2713D - 277B)⁶.

La Iglesia de América Latina no vacila en expresar con claridad su confianza y su optimismo en las posibilidades de los jóvenes del continente:

«El papel normal que juega la juventud en la sociedad es el de dinamizar el cuerpo social... La Iglesia ve en la juventud una enorme fuerza renovadora, símbolo de la misma Iglesia. Esto lo hace por vocación y no por táctica, ya que está "llamada a la constante renovación de sí misma, o

⁵ M. Matthei, osb - E. Contreras, osb, "*Seniores venerare, juniores diligere*". *Conflicto y reconciliación de generaciones en el monacato antiguo*, en "Cuadernos Monásticos" (CuadMon) 9, nº 30 (1974), p. 469.

⁶ CuadMon 9, nº 30 (1974), p. 468.

sea, a un incesante rejuvenecimiento" (Juan Pablo II, Alocución Juventud, 2. AAS LXXI, p. 218). El servicio a la juventud realizado con humildad debe hacer cambiar en la Iglesia cualquier actitud de desconfianza o de incoherencia hacia los jóvenes»⁷.

Cualquier forma de relación que se establezca con los jóvenes desde nuestra vocación monástica, necesariamente debe partir de esta doble disposición de confianza-optimismo, optimismo-confianza, que si no existe o es en extremo frágil pone en peligro la posibilidad de un diálogo fructuoso. La desconfianza inhibe la capacidad de escucha, y el pesimismo nos cierra ante el hermano que viene a nuestro encuentro.

Pablo VI, con esa visión tan lúcida de la realidad que lo caracterizaba, enseñaba hace ya diecinueve años cuál debía ser el camino a recorrer:

«Nos parece que la presente crisis del mundo, caracterizada por un gran desconcierto de muchos jóvenes, denuncia por una parte un aspecto senil, definitivamente anacrónico, de una civilización mercantil, hedonista, materialista, que intenta aún ofrecerse como portadora del futuro. Contra esa ilusión, la reacción instintiva de numerosos jóvenes reviste, dentro de sus mismos excesos, una cierta importancia. Esta generación está esperando otra cosa. Habiéndose privado, de pronto, de tutelas tradicionales, después de haber sentido la amarga decepción de la vanidad y el vacío espiritual de falsas novedades, de ideologías ateas, de ciertos misticismos deletéreos ¿no llegará a descubrir o a encontrar la novedad segura e inalterable del misterio divino revelado en Cristo Jesús? ¿No es verdad que éste, utilizando la bella fórmula de San Ireneo, ha aportado toda clase de novedad con aportarnos su propia persona?»⁸

«Las circunstancias nos invitan a prestar una atención especialísima a los jóvenes. Su importancia numérica y su presencia creciente en la sociedad, con los problemas que se les plantean deben despertar en nosotros

⁷ Documento final de la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla de los Ángeles (México), enero-febrero de 1979, ns. 1170 y 1178.

⁸ Gaudete in Domino (9 de mayo de 1975), nº 59.

el deseo de ofrecerles con celo e inteligencia el ideal que deben conocer y vivir»⁹.

La pregunta está ya planteada por el mismo Pontífice: desde el amor expresado en la confianza y el optimismo en las aptitudes de nuestros jóvenes, ¿cómo ofrecerles ese ideal, es decir, Cristo, a quien deben conocer y vivir?

2. Aprender a escuchar en la escuela de la Regla de San Benito

Creo que los monjes podemos colaborar muy activamente en la respuesta a la cuestión antes planteada desde el servicio de la "escucha". En un mundo agitado, nervioso, tenso hasta el extremo, la capacidad y el don de poder dedicar *tiempo* a escuchar lo que los jóvenes quieren decirnos es fundamental, casi diría DECISIVO. Tanto más si consideramos que mirando hacia el futuro, uno de ellos sostenía que serían "como gatos. Un poco fríos, distantes, satisfechos... Solitarios, aislados, tranquilos. Haciendo en todo momento sólo aquello que quieren hacer. Y disfrutando de eso"¹⁰.

Desde la confianza y el optimismo *ante* los jóvenes y sus posibilidades es posible dialogar *con* ellos. Creo que esta postura es una de las constantes de nuestra tradición monástica.

«Cuando era joven y tenía a mi cargo unos animales, resbalé en una falta muy grave para mi alma. Pero como tenía por costumbre no tener escondida la serpiente en la cueva de mi corazón, tomándola por la cola (que es el fin y la intención de la obra), la descubrí al médico espiritual. Él, sonriéndose y con cara alegre, me tocó ligeramente la mejilla y me dijo: "Anda, hijo mío, y ejercita tu servicio como lo hacías antes, sin ningún temor". Yo, animado de una confianza ardiente, a los pocos días recibí la

⁹ Evangelii nuntiandi (8 de diciembre de 1975), nº 72.

¹⁰ La frase pertenece a una joven de veinte años llamada Clarisa, citada por Tulio Stella en el artículo (p.2, col. 3) que mencionamos en la nota nº 2.

certeza de mi salud recobrada y corría por mi cantino, lleno de alegría y de temor»¹¹.

Escuchar a los jóvenes; dialogar *con* ellos exige una disposición de amor y misericordia de nuestra parte, tal como lo dice la RB: "Amar a los más jóvenes" (4,71); y también: "Los mayores amen a los más jóvenes" (RB 63,10), siendo el abad el primero en tener la obligación de dar ejemplo a este respecto (cf. RB 68).

Se trata, por tanto, de hacer experimentar a nuestros hermanos jóvenes "este sentimiento, la **misericordia**, que ha sido dado solamente al hombre, para que aliviemos nuestra debilidad, ayudándonos mutuamente: quien suprime este sentimiento nos reduce a la vida de los animales"¹². Es el aislamiento lo que nos convierte en "gatos". Pienso que una tarea importantísima de la Iglesia y del monacato en particular es ayudar a la juventud en el arduo camino del diálogo, que necesariamente se inicia aprendiendo a escuchar al hermano:

«Los jóvenes ejercen en la sociedad moderna un influjo de gran interés. Las circunstancias de su vida, el modo de pensar e incluso las mismas relaciones con la propia familia han cambiado mucho. Muchas veces pasan demasiado rápidamente a una nueva condición social y económica. Pero al paso que aumenta de día en día su influjo social, e incluso político, se ven como incapacitados para sobrellevar convenientemente esas nuevas cargas.

«Procuren los adultos entablar diálogo amigable con los jóvenes, que permita a unos y a otros, superada la distancia de edad, conocerse mutuamente y comunicarse entre sí lo bueno que cada uno tiene. Los adultos estimulen a la juventud hacia el apostolado, sobre todo con el ejemplo, y cuando haya oportunidad, con consejos prudentes y auxilios eficaces. Los jóvenes, por su parte, llénense de respeto y de confianza para con los

¹¹ Juan Clímaco (+ hacia 649/50), *La Escala espiritual (o Escala del Paraíso)*, cuarto escalón, párrafo 35; trad. de I. Gil Almolda y M. Matthei, Zamora, 1990, p. 75 (Col. Espiritualidad monástica: fuentes y estudios, 22).

¹² Lactancio (+ después de 317), *Epítome de las Instituciones divinas*, 33,8; ed. *Sources Chrétiennes*, vol. n° 335, p. 144.

adultos, y aunque, naturalmente, se sientan inclinados hacia las novedades, aprecien sin embargo como es debido las loables tradiciones»¹³.

El diálogo nos ayuda a crecer en espíritu y en verdad, nos ejercita en la virtud de la paciencia activa, abre nuestro corazón y nuestro entendimiento a la hora, al *kairós* de Dios en nuestras vidas:

«Móvido por el amor de Dios, Pacomio buscó hacerse monje. Le señalaron a cierto anacoreta llamado Palamón, y se fue a vivir con él en la soledad¹⁴. Llegado al lugar, golpeó la puerta. Asomándose desde arriba de la puerta, el anciano le dijo: "¿Qué quieres?", pues era rudo en su forma de hablar. Pacomio le respondió: "Te ruego, padre, haz de mí un monje". Le dijo Palamón: "No puedes, porque no es un asunto sencillo el servicio de Dios. Muchos que vinieron no lo soportaron". Pacomio le dijo: "Pruébame en ese servicio y ve". El anciano habló de nuevo: "Primero experimenta tú mismo por un tiempo, y después vuelve de nuevo aquí. Porque yo tengo una ascesis rigurosa: en verano ayuno cada día, en invierno como cada dos días. Por la gracia de Dios, como sólo pan y sal. No tengo costumbre de usar aceite y vino. Paso en vela, como me lo enseñaron, la mitad de la noche en oración y meditación de la palabra de Dios, y a menudo incluso toda la noche". Habiendo escuchado estas palabras del anciano, el joven se sintió todavía más fortalecido en su espíritu para soportar todo esfuerzo con Palamón, y le dijo: "Creo que, con el auxilio de Dios y tus oraciones, soportaré todo cuanto me has dicho". Entonces, abriendo la puerta, Palamón le hizo entrar y le vistió con el hábito de los monjes»¹⁵.

Siete años después de este diálogo inicial, no exento de cierta tensión, la relación de ambos monjes se había profundizado notablemente, y el anciano Palamón apoya a su discípulo en un proyecto que consideraba "obra de Dios".

«Pacomio, en cierta ocasión, adentrándose a una gran distancia en el desierto, llegó a un pueblo deshabitado, llamado *Tabennesi*. Y para expresar su amor a Dios, oró. Como se demoraba en su oración, una voz le fue

¹³ Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem* (18.11.1965), nº 12.

¹⁴ Hacia el año 316. Pacomio contaría por entonces unos 23 o 24 años.

¹⁵ *Primera Vida Griega de San Pacomio*, nº 6; ed. F. Halkin, *Sancti Pachomii Vitae Graecae*, Bruxelles 1932, pp. 4-5 (Subsidia Hagiographica, 19).

dirigida —aún no había tenido una visión, hasta ese día—, que le dijo: "Permanece aquí y construye un monasterio: muchos vendrán a ti para hacerse monjes". Escuchadas estas palabras y habiendo juzgado, con pureza de corazón, según las Escrituras, que la voz era santa, retornó junto a su padre (Palamón) y le contó lo sucedido. Tuvo que desplegar una gran persuasión, pues Palamón estaba muy triste a causa de Pacomio, porque lo miraba como a su verdadero hijo. Después, fueron los dos a aquel lugar y construyeron una pequeña celda¹⁶. Luego, el santo anciano Palamón le dijo: "Puesto que creo que todo esto te viene de Dios, por consiguiente hagamos un pacto entre nosotros, de modo de no separarnos el uno del otro en el futuro, para visitarnos mutuamente, tú una vez y yo otra". Y así lo hicieron por todos los días que vivió el verdadero atleta de Cristo, Palamón»¹⁷.

La cuestión es cómo lograr que el diálogo de nosotros, los monjes, con los jóvenes de nuestro tiempo crezca y se profundice. La confianza y el optimismo *ante* la juventud pueden ser buenos puntos de partida, pero no basta con eso. También se necesita la capacidad de dialogar *con* ellos, dándoles tiempo para que se expresen e intentando conducirlos hacia la misericordia de Dios, manifestada en Jesucristo. No es fácil, principalmente porque "los mayores" no siempre mostramos con nuestras obras lo que predicamos con las palabras: *A nuestra edad no es digno fingir, no sea que muchos jóvenes... por mi simulación y por mi apego a este breve resto de vida, se desvíen y yo atraiga infamia y deshonor a mi ancianidad... Al abandonar ahora valientemente la vida, me mostraré digno de mi ancianidad, dejando a los jóvenes un ejemplo noble al morir generosamente con ánimo y nobleza por las leyes venerables y santas*(2 M 6,24-25. 27-28).

A este diálogo, a este aprender a escuchar en la escuela de San Benito, nos invita la Iglesia de nuestros días por medio del Papa Juan Pablo II:

«La Iglesia tiene tantas cosas que decir a los jóvenes, y los jóvenes tantas que decir a la Iglesia.

¹⁶ Esto sucedía en torno al año 323.

¹⁷ Primera Vida Griega de San Pacomio, nº 12; ed. citada, pp. 7-8.

«Este recíproco diálogo —que se ha de llevar a cabo con gran cordialidad, claridad y valentía— favorecerá el encuentro y el intercambio entre generaciones, y será fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia y para la sociedad civil. El Concilio, en su mensaje a los jóvenes, dice: "La Iglesia os mira con confianza y con amor (...). Ella es la verdadera juventud del mundo (...): miradla y encontraréis en ella el rostro de Cristo"»¹⁸.

No ignoro las muchas dificultades que habrá que superar; primero, para conseguir que el diálogo se entable y, luego, para que llegue a ser realmente fructífero. Pero me pregunto si no es este el desafío que se nos propone en el hoy de la Iglesia latinoamericana.

3. Acompañar con fe, esperanza y caridad

Además de la escucha y del diálogo con los jóvenes, la vida monástica —los monjes— deberíamos caminar con ellos; es decir, no sólo *ante y/o con*, sino también *junto* a la juventud. Se trata de acompañarlos en sus deseos y aspiraciones más nobles.

Hace ya varios años el P. Irenée Hausherr, S.J., en un libro "clásico"¹⁹, señalaba que los deberes de un padre espiritual eran: orar por sus hijos espirituales, llevar una parte de sus cargas y amarlos.

Creo que podríamos aplicar, con las debidas adaptaciones, estas exigencias a nuestra relación comunitaria con los jóvenes. En los monasterios tenemos que orar con y por los jóvenes, ayudarlos a llevar sus cargas y amarlos sinceramente.

Si es cierto que "los pobres y los jóvenes, constituyen la riqueza y la esperanza de la Iglesia en América Latina y su evangelización es, por tanto, prioritaria"²⁰, entonces habrá que "adaptar la Liturgia a las diversas

¹⁸ Chistifideles Laici, nº 46

¹⁹ *Direction spirituelle en Orient autrefois*, Roma 1955 (Orientalia Christiana Analecta, 144); cf. sobre todo pp. 124 ss.

²⁰ Documento de Puebla (DP), nº 1132.

culturas y a la situación de nuestro pueblo joven, pobre y sencillo"²¹. Para que así nosotros recemos junto con ellos.

Caminar junto con la juventud, ayudándola a llevar sus cargas, implica darles un verdadero camino de formación. El Documento de Puebla ya planteaba esta urgente necesidad en los siguientes términos:

«Lo que más desorienta al joven es la amenaza a su exigencia de autenticidad por el ambiente adulto, en gran parte incoherente y manipulador, y por el conflicto generacional, la civilización de consumo, una cierta pedagogía del instinto, la droga, el sexualismo, la tentación del ateísmo.

«Hoy día la juventud es manipulada especialmente en lo político y en el uso del "tiempo libre". Una parte de la juventud tiene legítimas inquietudes políticas y conciencia de poder social. Su falta de formación en estos campos y la asesoría equilibrada la lleva a radicalizaciones o frustraciones. El joven ocupa gran parte del "tiempo libre" en el deporte y en la utilización de los medios de comunicación social» (ns. 1171-1172).

Para sacarles de esta situación, el único camino de formación válido es Cristo:

«La juventud camina, aun sin darse cuenta, al encuentro de un Mesías, Cristo, quien camina hacia los jóvenes. Sólo Él hace verdaderamente libre al joven. Este es el Cristo que debe ser presentado a los jóvenes como liberador integral (cf. *Ga* 5,1.13; 4,26.31; *ICo* 7,22; *2Co* 3,17): quien, por el espíritu de las Bienaventuranzas, ofrece a todo joven la inserción en un proceso de conversión constante; comprende sus debilidades y le ofrece un encuentro muy personal con Él y la comunidad, en los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía. El joven debe experimentar a Cristo como amigo personal que no falla nunca, camino de total realización. Con Él y por la ley del amor, camina hacia el Padre común con los hermanos. Así se siente verdaderamente feliz»²².

Contribuir a la formación de los jóvenes es un servicio perfectamente realizable desde la fidelidad a nuestro carisma monástico. No me refiero aquí a darles clases o a enseñarles algo teórico, sino a la "presentación (existencial) del Cristo vivo, Dios y Hombre, modelo de autenticidad,

²¹ DP nº 899.

²² DP nº 1183; cf. ns. 1184 y 1185.

sencillez y fraternidad; único que salva liberando de todo pecado y sus consecuencias y compromete a la liberación activa de sus hermanos por medios no violentos" (DP nº 1194). Contribuir a la formación de los jóvenes es, asimismo, desarrollar en ellos un sentido crítico frente a los "medios de comunicación social y a los contra-valores culturales que tratan de transmitirle las diversas ideologías, especialmente la liberal capitalista y la marxista, evitando así las manipulaciones" (DP nº 1197)²³.

El Documento de Santo Domingo ha retomado algunas de las afirmaciones de Puebla, insistiendo en la urgencia de un acompañamiento de la juventud:

«...Los jóvenes están cargados de interrogantes vitales y presentan el desafío de tener un proyecto de vida personal y comunitario que dé sentido a sus vidas y así logren la realización de sus capacidades; manifiestan el desafío de ser acompañados en los caminos de crecimiento en su fe, en el trabajo eclesial y en sus preocupaciones por la transformación necesaria de la sociedad por medio de una pastoral orgánica» (nº 112).

Mantiene igualmente la vigencia de la opción preferencial por los jóvenes proclamada en Puebla, no sólo de modo afectivo sino efectivamente; esto debe significar una opción concreta por una pastoral juvenil orgánica, donde haya un acompañamiento y apoyo real con diálogo mutuo entre jóvenes, pastores y comunidades. La efectiva opción por los jóvenes exige mayores recursos personales y materiales.²⁴

En nuestra relación con los jóvenes podemos colaborar en varios de los puntos de la acción pastoral diseñada en Santo Domingo. Los obispos dicen:

«Proponemos una acción pastoral:

– Que responda a las necesidades de maduración afectiva y a la necesidad de acompañar a los adolescentes y jóvenes en todo el proceso de formación humana y crecimiento de la fe...

²³ El DP ya había esbozado un camino de formación cristiana para la juventud, que debía llevarse a la práctica por medio de un adecuado plan pastoral; cf. los ns. 6, 95, 641, 1166, 1175-1177, 1179-1181, 1186, 1199, 1200 y 1250.

²⁴ Documento de Santo Domingo (DSG), nº 114.

– Que los capacite para conocer y responder críticamente a los impactos culturales y los ayude a comprometerse en la pastoral de la Iglesia en las necesarias transformaciones de la sociedad.

– Que dinamice una espiritualidad del seguimiento de Jesús que logre el encuentro entre la fe y la vida, que sea promotora de la justicia, de la solidaridad y que aliente un proyecto esperanzador y generador de una nueva cultura de vida.

– Que asuma las nuevas formas celebrativas de la fe, propias de la cultura de los jóvenes, y fomente la creatividad y la pedagogía de los signos, respetando siempre los elementos esenciales de la liturgia.

– Que anuncie, en los compromisos asumidos y en la vida cotidiana, que el Dios de la vida ama a los jóvenes y quiere para ellos un futuro distinto sin frustraciones ni marginaciones, donde la vida plena sea fruto accesible para todos.

– Que abra a los adolescentes y jóvenes espacios de participación en la misma Iglesia.

– Que el proceso educativo se realice a través de una pedagogía que sea experiencial, participativa y transformadora.

– Que promueva el protagonismo a través de la metodología del ver, juzgar, actuar, revisar y celebrar.

«Tal pedagogía ha de integrar el crecimiento de la fe en el proceso de crecimiento humano, teniendo en cuenta los diversos elementos, como el deporte, la fiesta, la música, el teatro.

«Esta pastoral debe tener en cuenta y fortalecer todos los procesos orgánicos válidos y largamente analizados por la Iglesia, desde Puebla hasta ahora. Cuidará muy especialmente de dar relevancia a la pastoral juvenil de medios específicos donde viven y actúan los adolescentes y los jóvenes: campesinos, indígenas, afroamericanos, trabajadores, estudiantes, pobladores de periferias urbanas, marginados, militares y jóvenes en situaciones críticas.

«La Iglesia, con su palabra y su testimonio, debe ante todo presentar a los adolescentes y a los jóvenes a Jesucristo en forma atractiva y motivante, de modo tal que sea para ellos el camino, la verdad y la vida que responde a sus ansias de realización personal y a sus necesidades de encontrar sentido a la misma vida.

«Para responder a la realidad cultural actual, la pastoral juvenil deberá presentar, con fuerza y de un modo atractivo y accesible a la vida de los jóvenes, los ideales evangélicos. Deberá favorecer la creación y animación de grupos y comunidades juveniles vigorosas y evangélicas, que aseguren la continuidad y perseverancia de los procesos educativos de los adolescentes y jóvenes, y los sensibilicen y comprometan a responder a los retos de la promoción humana, de la solidaridad y de la construcción de la civilización del amor»²⁵.

Los monjes podemos, ciertamente, ofrecer un ámbito valioso para colaborar en la maduración afectiva del proceso de formación humana y de crecimiento en la fe; podemos aportar elementos para una visión crítica, es decir, evangélica, de la realidad. Sin embargo, el desafío de fondo está planteado en el texto recién citado con términos apremiantes: lograr que nuestras comunidades monásticas sean vigorosas y evangélicas, que aseguren la continua perseverancia de los procesos educativos, que sensibilicen y comprometan a responder a los retos de la promoción humana, de la solidaridad y de la construcción de la civilización del amor.

Es aquí donde me parece detectar la falla de nuestro monacato en esta hora actual. Nos están faltando las virtudes enumeradas por el Documento: vigor, radicalidad evangélica, continuidad y perseverancia en los procesos formativos, capacidad de sensibilizar y comprometer, ante todo a nosotros mismos y después a los que se acercan a nuestros monasterios.

El P. Pedro E. Alurralde, OSB, me parece que transita por el mismo sendero cuando sostiene que "a pesar de los falsos profetas, que se empeñan en negar las utopías y en enterrar las esperanzas, hay que afirmar con convicción, oportuna e inoportunamente, que los jóvenes nunca podrán realizarse plenamente sin ideales que los trasciendan y que les permitan elaborar un proyecto propio, *a fin de alcanzar su madurez en Cristo (Col 1,28)*. Superando la oferta y la demanda de un mundo enfermo de sonriente escepticismo, el joven, a partir de una fe todavía endeble, de la cruz, tendrá que filtrar e interpretar, desde un corazón desbordante de esperanza, los acontecimientos de la mañana de la vida. Convirtiéndolos, así, en un verdadero acto de culto, en una genuina liturgia de la aurora. *Los*

²⁵ DSG n.º. 115-120.

exhorto a ofrecerse ustedes mismos. Este es el culto espiritual que deben ofrecer (Rm 12,1)".

En última instancia, este caminar junto a los jóvenes se resuelve y se expresa en el amor que debería mostrar hacia ellos, en todo momento, quien sigue a Cristo en la vida monástica. Por ello el *Apotegma* con el que concluyo mi relación expresa en forma de síntesis vivencial una aspiración que debemos buscar, con la ayuda del Señor, que se convierta en realidad.

«(Los padres contaban que) había un hermano asceta y mortificado que quería ir a la ciudad para vender su trabajo y comprar lo necesario. Llamó a un hermano y le dijo: "Ven conmigo; iremos y regresaremos inmediatamente". Cuando llegaron delante de la puerta de la ciudad, el hermano mortificado dijo a su compañero: "Siéntate aquí, hermano, y espérame mientras voy a mis asuntos, no tardaré mucho". Entró en la ciudad y vagabundó por las calles. Una mujer rica lo sedujo, y él se casó con ella después de abandonar el hábito (monástico). Luego de lo cual envió el siguiente mensaje a su compañero: "Vuelve a tu celda, pues no te veré más". El mensajero contó al hermano todo lo que había sucedido, pero éste le respondió: "A Dios no le agrada que se digan semejantes cosas de mi venerable hermano, y yo no me iré de este lugar antes de que él venga, como me lo dijo". Y permaneció largo tiempo orando y llorando sin cesar, noche y día, mientras que la noticia se difundía por toda la ciudad. El clero, los monjes, los gobernantes de la ciudad le insistían para que volviese a su monasterio, pero él no quería oír su petición y decía: "No haré sino lo que me ha dicho mi hermano. No puedo irme de aquí si no es para regresar al monasterio con él". Permaneció allí durante siete años, abrasado por el calor en los veranos, congelado por el frío y las heladas del invierno, soportando hambre y sed, mientras continuaba llorando y velaba orando por su hermano. Finalmente su compañero fue un día a verlo, cubierto con ropas de gran precio, y le dijo: "Hermano, yo soy aquel que vino contigo, el monje tal; levántate y regresa a tu monasterio". El otro le miró y dijo: "Tú no eres ése, porque él era monje y tú eres un hombre del mundo". Dios vio el sufrimiento de este hermano y al cabo de siete años, la mujer murió; el hermano que se había casado con ella se arrepintió, volvió a tomar el hábito monástico y partió en busca de su compañero afligido. Cuando éste lo vio, se levantó, lo tomó en sus brazos, lo abrazó, lo recibió con alegría, y volvieron juntos al monasterio. Entonces el hermano (que se había casado) retornó a los trabajos de su primera ascesis y alcanzó las cumbres de

la perfección. Así, la paciencia de un hombre salvó a otro, y se verificó lo que está escrito: *Un hermano está protegido por su hermano, como una ciudad por su torre (Pr 18,19)*»²⁶.

²⁶ Apotegma siríaco, en *Les sentences des pères du désert. Apophtegmes inédits ou peu connus*, rassemblés et présentés par D. Lucien Regnault et traduits par les moines de Solesmes, Abbaye Saint-Pierre-de-Solesmes (Sablé-sur-Sarthe) 1970, pp. 224-225 (Bul 395).